

"SI NO QUIEREN
SABER LA VERDAD,
QUE NO ME
BUSQUEN"



Santa Teresita

de Berazategui

Número 555

TERCER MILENIO

Editado

por: **FUNDACIÓN MISERICORDIA DIVINA Asociación de Laicos Católicos**

Casilla de Correo n° 7 - B1880WAA - Berazategui - Argentina

Permítanme que les cuente del milagro que bendijo mi vida. El día de las Elecciones de 1988, yo me encontraba seriamente herida después de un accidente automovilístico. Había salido para efectuar las primeras compras navideñas con mi amiga Joyce Petriello. Cuando nos acercábamos a un cruce muy transitado en la carretera 85, un coche que circulaba a excesiva velocidad nos chocó, arrojándonos más de seis metros más allá de la división entre carriles. Afortunadamente, llevábamos nuestros cinturones de seguridad. Joyce no resultó demasiado malherida -se fracturó la muñeca y sufrió múltiples contusiones-, pero yo recibí heridas más importantes. Cuando los socorristas me sacaron del coche, les dije que me dolía el cuello. Después de que me hicieran unas radiografías, los médicos me explicaron por qué me dolía tanto: se me habían fracturado dos vértebras cervicales, una de ellas tan seriamente que mi problema fue clasificado como «cuello roto».

Mis hijos Ennis y Wink habían oído hablar de un tal doctor Allen McDonald, especialista en problemas de columna. Después de examinar mi historia clínica, accedió a admitirme como paciente suya. El 14 de noviembre me sometí a una compleja maniobra quirúrgica; se trataba de sacar hueso de mi pelvis para usarlo como injerto en la vértebra fracturada. Este procedimiento fue seguido de las necesarias intervenciones en mi cuello. Los médicos descubrieron que mi columna no estaba rota, pero que el daño sufrido había sido muy fuerte. El pronóstico fue que viviría el resto de mi vida como cuadripléjica, completamente paralizada del cuello para abajo.

Mucho después de la operación, reviví ese largo camino hacia el quirófano. Era enorme, frío, bañado en una luz despiadada, como algo salido de una de las viejas películas de marcianos. Entonces me inundó un profundo sentimiento religioso: me encontraba en el valle y las sombras de la muerte. El Señor era mi Pastor; supe que sólo por Su gracia viviría y podría volver a caminar alguna vez.

El 23 de noviembre el médico se reunió conmigo y mis dos hijos y sus esposas, Laurien y Bonnie. Nos dio un informe aplastante: abandonaría ese centro médico dedicado a los problemas de columna en una silla de ruedas, necesitaría asistencia las veinticuatro horas del día y jamás podría vivir sola. No era lo que queríamos ni esperábamos oír, pero el apoyo de

la familia fue sólido y afectuoso. Mi accidente nos había hecho más humildes, nos había acercado mutuamente y nos había acercado a Dios.

A medida que se difundió la noticia de mi sombrío pronóstico, familiares y amigos comenzaron a rezar por mí. Esta demostración de amor cristiano modificó positivamente mi actitud: hasta entonces no había estado segura de querer seguir viviendo paralizada del cuello para abajo.

Podía levantar ligeramente los codos, pero no podía bajarlos. Prometí a Dios que si me ayudaba, haría todo lo que me indicaran mi equipo médico y los kinesiólogos para recuperar mis capacidades físicas. Prometí a Dios que trabajaría con todas mis fuerzas. Era la paciente de más edad del hospital. La mayoría de los pacientes del Centro de Columna Sheperd eran jóvenes entre los dieciocho y los veinticinco años. Resultaba desolador ver a esa maravillosa juventud condenada a la impotencia.

Para llamar a la enfermera debía soplar por un tubo. Para bañarme, me colocaban sobre una red estirada sobre un marco y me lavaban con una man-



guera. Mientras estaba acostada, las enfermeras me daban vuelta cada dos horas. No podía peinarme, lavarme los dientes ni alimentarme sola.

El primero de diciembre pude mover los dedos de los pies. Mi capacidad para lograrlo era una buena señal que permitía alentar esperanzas; enfermeras y médicos vinieron a mi cuarto para felicitarme.

La semana anterior a Navidad mi familia llegó al hospital a recibir instrucciones acerca de cómo debían atenderme y cuidarme. Mis hijos querían que estuviera en casa para Navidad, aunque más no fuera por unos pocos días antes de regresar al hospital.

Precisamente antes de mi viaje a casa para pasar la Navidad, hubo una fiesta en el hospital. Las enfermeras se disfrazaron de renos y los médicos de Papá Noel. Todos trataron de crear un clima festivo para los pacientes, pero la fiesta resultó una experiencia agri dulce. Unos ochenta pacientes en sillas de ruedas llenaban la habitación. Yo sabía que muy pocos de ellos podrían volver a casa para Navidad como yo lo haría.

Sí, ese año volví a casa a pasar Navidad. Cuando mi

Un verdadero Regalo

hijo me llevó hasta el interior de su casa, gritó:
-¡Aquí vengo, con mi regalo de Navidad para toda la familia!

En Nochebuena fui a la iglesia con toda mi familia, a pesar de mi vergüenza de enfrentar a la gente desde una silla de ruedas. Cuando cantamos mi villancico favorito, «Noche de paz», en aquella iglesia iluminada por la luz de los cirios, me alegré de haber ido a pesar de mi resistencia inicial. Me sentí cerca de Dios y supe que debía fortalecer mi fe y mi confianza en que Él me ayudaría a volver a caminar.

El día de Navidad, sentada a la mesa y rodeada por la familia que tanto amo, pude quitarme las correas de cuero que sujetaban los cubiertos a mi mano y comer sin ayuda. Era un paso increíble en la dirección correcta.

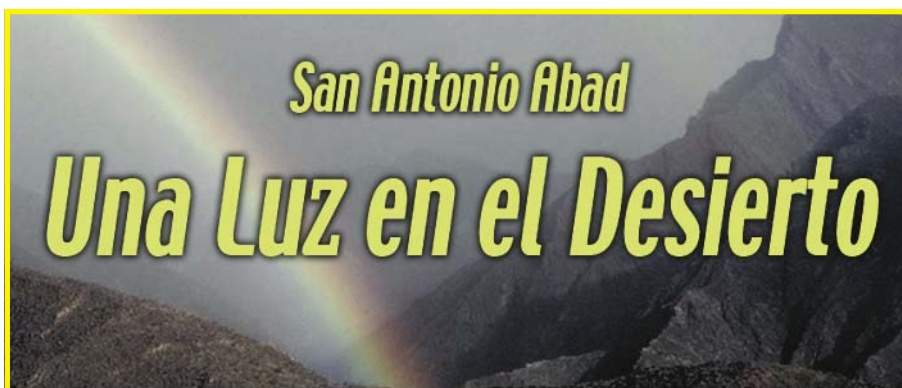
Pude abandonar el centro Sheperd algunos meses

más tarde. El 22 de febrero de 1989, pude mantenerme de pie sin auxilio del bastón, y me despedí del equipo y de los otros pacientes.

Elevo a Dios mis oraciones todos los días, cuando me levanto de la cama, apoyo los pies en el suelo y camino. No sólo escuchó mis plegarias, sino también las de todos mis amigos y familiares. Sólo uno entre un millón de cuadriplégicos puede volver a caminar, pero creo ser un testimonio viviente de que Dios escucha y sana cuando rezamos y creemos.

MARIANNA SHUGART LANEY
Fayetteville, Georgia

“Milagros de Navidad”, Javier Vergara Editor



Fue Antonio un joven que en el siglo III se retiró en el desierto de Tebas, al sur de Egipto, un lugar donde en tiempo de los faraones se enterraba a los muertos en cuevas y cámaras funerarias. Una de estas últimas la convirtió en su morada.

El demonio no pudo soportar que un joven recorriera tan firmemente el camino de la virtud, abandonando el mundo y sus placeres para servir, en la soledad y las privaciones del desierto, a Dios con sus penitencias y oraciones continuas. Enfurecido, tratando de evitar que su ejemplo fuera seguido por otros jóvenes, decidió tentarlo una y otra vez. Comenzó por recordarle a su familia, acusándolo de haberla abandonado injustamente. Así le hizo recordar a su pequeña hermana huérfana, a sus parientes más cercanos y a sus amigos, tratando de convencerlo de que les había sido infiel y que dejarlos sin su ayuda era una gran falta de amor. Antonio, iluminado por Dios, comprendió que se trataba de una trampa y no dudó un instante en seguir su vocación sin arrepentirse del camino elegido que era, por supuesto, el mejor de todos: servir a Dios e interceder por todos. Como esto no surtiera efecto, el malvado lo tentó con visiones que mostraban la debilidad de la carne y demás placeres lujuriosos que había abandonado por una vida repleta de contrariedades como la de ermitaño. Pero Antonio no cayó en la tentación y mantuvo firmemente su fe cristiana. El demonio insistió provocándole sucios pensamientos pero, Antonio recurrió a su arma más poderosa: la oración, con la

cual derrotó una vez más al Enemigo de las almas.

Cierta vez dormía Antonio en su cueva, cuando fue atacado por numerosos seres demoníacos que lo golpearon brutalmente, hasta dejarlo inconsciente. Cuando se recuperó, el demonio volvió a abalanzarse sobre él, convertido, esta vez, en un amasijo de horripilantes alimañas que lo mordieron y volvieron a golpear. Ante la ferocidad del ataque, el heroico hombre

de Dios elevó los ojos al Cielo e imploró en alta voz la intervención de Dios. Al instante, un resplandor, súbito y luminoso como un relámpago, ahuyentó al maligno definitivamente. Su fama creció a raíz de estos hechos y muy pronto se vio rodeado por numerosos discípulos, ansiosos de lograr la salvación de sus almas. Con sus santos consejos e inspiraciones atrajo a numerosísimos pecadores a la conversión. Antonio logró poblar el desierto de Tebas con sus seguidores y fundó varios monasterios. A pesar de su humildad, en sus últimos años logró tal prestigio que hasta los emperadores le pedían consejo. El Señor le concedió una larga vida. Murió a los ciento cinco años y el cerdo que muchas veces se ve agregado en sus imágenes y estatuas, es una personificación del demonio al que tantas veces pudo vencer. Se invoca su protección contra la epilepsia, las enfermedades de la piel, la rubeola y las verrugas.

Comedor familiar
Santa Filomena

Almuerzos diarios para familias carenciadas

INSCRIPCIÓN:

Diariamente de 9 a 11 Hs.

Santuario de Jesús Misericordioso

153 entre 27 y 28 - Berazategui

NOTA
46

KEMPIS

Imitación de Cristo

La "Imitación de Cristo", de Tomás de Kempis, es un libro de profunda espiritualidad, cuyo contenido ha elevado las almas de miles de cristianos. Su lectura y meditación nos llevará a cambiar nuestra vida según las leyes de Dios y alcanzar la verdadera felicidad.

CAPÍTULO 7

El amor a Jesús sobre todas las cosas.

1. Dichoso el que comprende lo que es amar a Jesús y despreciarse a sí mismo por Él.
2. Es preciso dejar un amado por otro, porque Jesús exige ser amado por sobre todas las cosas. El amor de las criaturas es falso e inestable; el amor de Jesús, en cambio, es fiel y permanente.
3. El que se adhiere a una criatura caerá con ella, pues es propensa a caer; el que se abraza a Jesús perseverará firme hasta el fin.
4. Ama a Jesús y tenle por amigo que, aunque todos te desamparen, Él no te abandonará ni consentirá que te pierdas para siempre.
5. Quieras o no, conviene que te veas separado de todos alguna vez. Mantente unido a Jesús en la vida y en la muerte, y abandónate a su fidelidad, que Él solo puede ayudarte cuando todos te faltan.

Dios es celoso y no admite rival.

6. Tu Amado es de tal naturaleza que no admite rival; Él quiere ser el único dueño de tu corazón y, como rey, sentarse en él como en su trono.
7. Si supieras vaciar tu corazón de toda criatura, Jesús habitaría de buena gana en ti. Todo el afecto que depositas en los hombres, prescindiendo de Jesús, tenlo completamente por perdido.
8. No te fíes ni te apoyes en una caña partida que lleva el viento, porque toda carne es como la hierba y toda su gloria caerá como flor marchita.
9. Si te fijas solamente en las apariencias humanas, fácilmente te engañarás. Porque si esperas encontrar en los otros tu consuelo y ganancia, las mayoría de las veces no cosecharás más que tu propio daño.
10. Si buscas en todo a Jesús, a Jesús ciertamente encontrarás. Mas si andas buscándote a ti mismo, también te hallarás, aunque para tu ruina.
11. Porque el hombre, si no busca a Jesús, se causa más perjuicio a sí mismo que cuanto puedan causarle todo el mundo y sus enemigos en masa.

CAPÍTULO 8

La familiar amistad con Jesús. Presencia y ausencia del Señor.

1. Cuando Jesús está presente, todo es placentero y nada parece difícil; mas cuando está ausente, todo nos resulta pesado.

2. Cuando Jesús no nos habla interiormente, toda consolación es vana; mas si Jesús nos dice una sola palabra, experimentamos un consuelo indescriptible.
3. ¿No se levantó en seguida María Magdalena del lugar donde estaba sollozando, apenas le dijo Marta: "El Maestro está aquí y te llama"? ¡Oh, dichoso el momento en que Jesús te llama del llanto al gozo del espíritu!
4. ¡Qué árido y duro eres sin Jesús! ¡Qué necio y vano, cuando apetece algo fuera de Él! ¿No es esto mayor desventura que si perdieras todo el mundo?
5. Sin Jesús, ¿qué puede ofrecerte el mundo? Vivir sin Jesús es un horrible infierno; estar con Jesús, un dulce paraíso. Si Jesús está contigo, ningún enemigo podrá causarte el menor daño.
6. El que halla a Jesús halla un rico tesoro; es más: halla el Bien esencial que excede todos los bienes de este mundo. Y el que pierde a Jesús pierde algo inconmensurable, mucho más que si perdiera el mundo entero.
7. Pobrísimos es el que vive sin Jesús, y riquísimo el que tiene consigo a Jesús. ¿De qué sirve poseerlo todo si no se es amigo de Dios?
8. Arte de las artes es saber vivir y conversar con Jesús, y gran sabiduría saber conservarlo. Sé humilde y pacífico, y Jesús estará contigo. Sé piadoso y sosegado, y Jesús permanecerá contigo.
9. Pronto puedes dar motivo para que Jesús se aleje de ti, e incluso puedes perder su gracia, si te inclinas a las cosas exteriores. Y si le ahuyentas y lo pierdes, ¿en quién, te refugiarás? ¿A quién tendrás entonces por amigo?

Continuará

RETIRO ESPIRITUAL
de Navidad



Domingo 21
de Diciembre
a las 9:00 hs.

Inscripción
gratuita
4256-8846

**¡ÚLTIMOS LUGARES
DISPONIBLES!**

o personalmente en el
Santuario de Jesús Misericordioso
153 entre 27 y 28 - Berazategui

Si Usted está triste, deprimido, angustiado por sus problemas, no lo dude...



... y volverá a su hogar con la paz en el corazón...

El 13 de cada mes SOLEMNE PROCESIÓN con la Imagen Milagrosa de "María Rosa Mystica".

Colectivos: 98 (3 y 5), 603 (1-M-6-7-4), 219 (3)

Visite el
"SANTUARIO DE JESÚS MISERICORDIOSO"

**Calle 153 entre 27 y 28 - Berazategui
 Pcia. de Bs. As.**

**Horario de visitas y atención:
 Todos los días de 9:00 a 11:00 y
 de 14:00 a 16:00hs**

INFORMES:

DIRECCIÓN POSTAL:

Casilla de Correo n° 7

B1880WAA Berazategui - Argentina

WEBSITE: www.santuario.com.ar

E-MAIL: fundacion@santuario.com.ar

ESPECIAL PARA CATEQUISTAS

57 ... Y CRISTIANOS DE BUENA VOLUNTAD

LA CONFESIÓN. (Continuación).

Para que Dios nos perdone los pecados tenemos que hacer penitencia y confesarlos al Sacerdote.

Así como solamente los sacerdotes pueden celebrar la Santa Misa, así solamente ellos pueden perdonar los pecados.

En la Confesión hay que decir todos los pecados mortales, con su cantidad o número, contra qué mandamiento o virtud se pecó, y las cosas que agravan el pecado. Si uno se calla a sabiendas algún pecado grave comete un horrible sacrilegio y no sólo no le quedan perdonados ninguno de los que confesó sino que sale con uno más: el de sacrilegio. En ese caso, en la próxima Confesión deberá acusarse de todos los pecados anteriores, del que no confesó y del pecado de haberlo callado en la Confesión anterior.

Cuando recibimos el Sacramento de la Confesión, el Sacerdote nos da el perdón de parte de Jesús y de la Iglesia.

Hacemos Penitencia cuando reconocemos nuestros pecados, nos arrepentimos de corazón y queremos dejar el mal camino para volver a Dios.

La Misericordia de Dios es infinita, no tiene límites por muy grandes que sean nuestros pecados; si verdaderamente estamos arrepentidos de ellos, Dios nos perdona de corazón. «Aunque tus pecados sean rojos como la grana, yo los volveré blancos como la nieve» (Isaías 1, 18). Dios no quiere «la muerte del pecador sino que se convierta y viva» (Ezequiel 33, 11).

Para eso vino Jesús, para salvar a los pecadores, porque «no son los sanos los que tienen necesidad

del médico sino los enfermos» (San Mateo 9, 12); por eso «hay más alegría en el Cielo por un pecador que se convierte que por noventa y nueve justos que no necesitan penitencia» (San Lucas 15, 7).

Este sacramento de la Reconciliación es como la tabla a la que se prende el náufrago para no morir ahogado; «es la última tabla de salvación en medio de las tempestades de este mundo pervertido» (San Pedro Julián Eymard). «La confesión es la puerta del Cielo» (San Antonio de Padua).

Dios, nuestro Padre, está siempre dispuesto a perdonarnos y nos llama constantemente para que cambiemos de vida.

Es muy conveniente confesar también los pecados veniales o leves, arrepintiéndose nuevamente de todos los pecados de la vida pasada.

No hay que olvidarse nunca que la Confesión es un Sacramento que nos da la gracia de Dios, devolviéndola si la perdimos por el pecado mortal, aumentándola si sólo pecamos venialmente.

Por eso debemos confesarnos a menudo, aunque no tengamos pecados graves. «¿El que quiere ser delicado y es-

tar limpio de cuerpo en sus vestidos, acaso espera lavarse solamente cuando se encuentra recubierto de barro? Apenas le cae encima un poco de polvo o cualquier suciedad, se lava, y aunque no esté sucio, hace de tanto en tanto limpieza general, porque así lo exige el decoro» (San José Cafasso).

El primer método para que uno vaya siendo cada vez más bueno «es hacer buenas confesiones y buenas comuniones», decía San Juan Bosco.

Porque recibiendo bien estos sacramentos uno se va haciendo santo.

Continuará

